



XIII. CONCURSO DE CONTOS

REPSOL - YPF

Primer Premio en Versión Castellana

Título: "¿VIVIR O NO VIVIR?, ¿PROBAR O NO PROBAR?"

Autora: MIRIAM VILAR ALVAREZ.

Centro: I.E.S. PORTA DA AUGA de RIBADEO (LUGO)

AÑO 2.000

¿Vivir o no vivir?, ¿probar o no probar?

(¿cómo vemos los jóvenes la vida?)

BANDIDO

MARTA

Eran las seis de la mañana, de repente me desperté asustada, sobresaltada, tenía miedo, angustia... algo que bullía dentro de mí. No sabía lo que era, nunca lo había sentido, pero era algo malo, sí, era...

Miré de nuevo el despertador, apenas habían pasado cinco minutos, ahora tenía sed, quería agua, me levanté y me dirigí hacia la cocina. Pasé por la habitación de mis padres, dormían, se ve que no les inquietaba nada, pasé por la habitación de Sara, y estaba...

Tal como la habíamos dejado por la tarde, cuando Sara se arreglaba para salir, no había dormido allí, la cama perfectamente hecha, todo colocado... Generalmente siempre dejaba la ropa tirada, el abrigo, la camisa, las botas... nunca tenía nada en su sitio. Los domingos por la mañana, cuando mi madre me decía que la despertara, yo iba y recogía todo. No sé por qué lo hacía, quizás por el amor de hermanas que nos une, aunque siempre nos estamos peleando, tal vez era la costumbre.

Me vi allí, sentada en el frío suelo de la habitación de mi hermana, un suelo y una habitación que me recordaban los días de invierno jugando al parchís o las pequeñas confesiones, las peleas, las historias interminables, los sueños frustrados...

La vi, fugazmente, en la playa, en la cocina mientras desayunábamos, en el jardín con Toy... vi ese brillo en sus ojos, vi su sonrisa, sus manos largas y delgadas...

Pero también rememoré los gritos y discusiones con mamá, las largas conversaciones en la cocina que siempre acababan en peleas...

Descubrí el lado rebelde de Sara que tan solo mostraba con mamá.

_RRRRIIIIIIINNNNNGGGG....

Sonó el teléfono, mi mente quedó en blanco y sólo acerté a oír...:

-Sí, sí aquí es –decía mi madre con voz apagada y aún medio dormida.

_¡Queeeeeee! ¿están seguros? Pero... ¿está bien?

_Sí, sí, descuide, vamos ahora mismo.

Me quedé paralizada, fría, asustada...

Mis padres cuchicheaban y también parecían asustados. Oía sus pasos, sus movimientos.

Uno a uno los lloros de mamá se me clavaban en el alma.

Ignoraba lo que pasaba, pero lloré, lloré como nunca antes lo había hecho, lloré con rabia y desesperación, con odio y desprecio...

Mamá apareció en la habitación, encendió la luz, me hizo un gesto... la vi allí, con los ojos rojos y llorosos, la nariz colorada y la cara totalmente desencajada, comprendí entonces que ese era el rostro de una mujer desolada, de una mujer que no lloraba como mujer, sino como madre. Todo esto era sin duda por mi hermana Sara.

Aquella situación me hizo comprender como nunca a mamá, me sentí tan unida a ella, tan igual, que corrí a sus brazos y me acurruqué en su regazo. Papá llegó, y de algún modo estropeó la complicidad que mi madre y yo habíamos creado, su semblante era serio y duro, pero eso era, sin duda la coraza, porque en su interior era el hombre más triste y

preocupado. Siempre se había mostrado entero e indiferente ante cualquier situación, pero esto lo había sobrepasado. No habló, solo nos mostró las llaves y ambas comprendimos que el tiempo corría.

Me puse lo primero que encontré, lavé un poco la cara y cogí el abrigo. Papá ya había sacado el coche del garaje. Nos subimos y pusimos rumbo a la clínica.

Al parecer Sara estaba en el hospital, grave, según la enfermera que no había querido detallar nada más hasta que llegáramos. En el trayecto nadie dijo nada, mamá seguía llorando, papá conducía rápido y con desprecio y yo me sentía vacía, herida... Sara nunca había estado enferma. Desde pequeña yo era la de la gripe, las caídas, el brazo roto, las alergias, el asma... Ella siempre había sido una chica sana, deportista, alegre, divertida. No se merecía esto...

¿Había sido?, ¿se merecía?, ¿por qué hablo en pasado?

Ni siquiera sé lo que le pasa, ¿por qué pienso que está muerta...?

Cuando llegamos, papá dijo que éramos la familia de Sara Nogueira. La enfermera nos llevó a la segunda planta. En la sala de espera estaban Bea, Juan y Luis, amigos de Sara. En cuanto nos vieron, Bea corrió a abrazarme. Mamá preguntó qué había pasado. Nadie contestó, Bea sollozó un poco y ante la respuesta omisa papá gritó pidiendo explicaciones.

BEA

La noche se mostraba monótona y aburrida... La fiesta era un muermo, Sara tenía razón, debimos quedarnos en casa. Si no fuese por Luis... había insistido tanto que al final tuvimos que aceptar.

Sara también estaba aburrida, lo disimulaba bien, pero yo...

Luis me cogió de la mano, me preguntó que qué me pasaba, le dije que me dolía la cabeza; le mentí, supongo que era más fácil que decirle la verdad.

Entonces me sacó a bailar, la pista estaba llena así que tuvimos que hacernos un hueco al fondo de la sala, Sara quedaba charlando con Juan. Le hubiera gustado que José estuviese allí, pero... se había quedado a estudiar. Sara había discutido con él, no eran novios ni nada de eso; sin duda los dos se querían, pero... eran demasiado orgullosos como para reconocerlo. José había puesto la disculpa de que tenía que estudiar, sabíamos que no era cierto pero... Eso cabreó aún más a Sara y dijo que esa noche no se la iba a amargar nadie. Sin duda salió por despecho y por pura cabezonería, pero el amor es así.

_ ¡Luis! ¡Cuánto tiempo!

_ Hola, Pablo, ¿qué tal?

_ Ya ves por aquí.

_ Mira esta es Bea, mi novia.

_ Así que has decidido asentar cabeza.

Cuándo parecía que lo iba a pasar bien apareció Pablo, un amigo de Luis.

Lo que pasó luego fue algo instantáneo, impactante que... simplemente sucedió.

De repente aparecimos en un local, que no era un local, era un almacén, lleno de gente; Pablo nos presentó a sus amigos.

Eran dos chicos mayores, universitarios, tendrían unos veinte años más o menos.

_ Así que os habéis decidido a probar, ¿eh? –nos dijo uno de ellos.

No sabíamos qué era eso de probar por lo que no dijimos nada, mas enseguida salió Pablo y dijo que sí.

Ignoraba de qué iban, no los conocía, ni tan siquiera sabía qué hacía allí, intenté hablar con Luis, pero fue imposible, no me hacía caso. Al rato llegaron con algo en la mano y nos llevaron a un rincón.

_ ¡Eh mirad que nos ha conseguido Pablo! –dijo Luis

_ Es material de primera –siguió Pablo.

_ ¿Insinúas que vas a probar eso? –dijo Sara.

_ Oye no será droga ¿verdad? –hablé

_ No sólo es éxtasis.

_ Pero ¿qué haces?, ¿sabes que eso mata? –dijo Juan.

_ No seas crío. Mata si no sabes controlar, pero por una que me tome...

_ Hombre dicho así –asintió Juan

_ Después de una siempre viene otra –murmuró Sara.

_ Bueno, ya está. ¿Queréis pasaroslo bien o no?

_ Sí, sabes que sí –dije yo.

_ Bueno pues este es el elixir de la felicidad.

_ Venga, Juan, ¿pruebas?

_ No sé... ahora...

_ ¿Quieres ser un niño toda tu vida, sin ninguna responsabilidad o quieres madurar de una maldita vez? –gritó Luis.

_ Sí, claro.

_ Pues ya está, venga.

Luis fue el primero, luego Juan, yo y, por último, Sara.

Es cierto que ella no quería probar, pero acabó aceptando como todos.

Poco después de tomarla, Sara dijo que se encontraba un poco mareada, así que le acompañé al cuarto de baño.

Se lavó un poco la cara para refrescarse. Me pidió un clínex y luego...

Se me cayó en los brazos, no sabía qué hacer, parecía que estaba muerta... la abaniqué, le di palmaditas, pero no reaccionaba.

Entonces grité, pedí ayuda, auxilio, socorro... hasta que llegaron dos chicas y luego Juan.

Como pudimos la sacamos de allí, la trajimos al hospital y... ahora está en coma.

En coma por tomarse una pastilla, la maldita pastilla que iba a llevarnos a la felicidad. Que ironías tiene la vida, es todo tan efímero, tan insoluble...

En unos minutos Sara pasó de la vida a casi ... la muerte.

Hubiera preferido mil y una veces que fuese yo, pero...

FAMILIA

_ Doctor, díganos la verdad. ¿Hay esperanzas? –dijo angustiada la madre.

-Es demasiado pronto, señora. Debemos esperar para a ver si sale del coma.

-¿Y cuánto tardará en despertar? –dijo, esta vez, el padre.

- Eso es imprevisible. Puede despertar mañana, pasado, el mes que viene o...
- O dentro de varios años, ¿verdad?
- _ Pues sí, no los voy a engañar, también cabe esa posibilidad. Pero ella es una chica joven, fuerte, vital... confiamos en que salga de ésta.
- _ ¿Podemos ir a la habitación? –preguntó Martín, el padre de Sara.
- _ Sí, claro, por supuesto. Aunque yo les aconsejaría que se marchasen a casa y descansaran.
- _ No, gracias, preferimos estar aquí.
- _ Como quieran, ahora tengo que dejarlos.
- _ Sí, sí, vale...

Martín estaba achacado, vacío... sentía como Sara se iba y él no podía hacer nada. Luisa, en cambio, se resistía a aceptar que su hija dejase de luchar. No apartaba su mirada del rostro Sara, esperaba un gesto, un leve movimiento, algo, algo que le hiciese salir de ese estado.

AMIGOS

- ¿Qué vamos a hacer?
- _ ¿Como que qué vamos a hacer...?
- _ Luis sabes de sobra que todo fue culpa nuestra –gritó alterada Bea.
- _ Yo no tuve la culpa de nada, nadie es culpable de que una niñata no soporte una pastilla de éxtasis.
- _ ¿Cómo puedes ser tan cínico, si fuiste tú quien nos las trajo? –insistió Bea.
- _ Perdona, pero vosotros la tomasteis por voluntad propia. –se exculpó Pablo.
- _ Te odio, te odio por tu egoísmo, tu cinismo, tu hipocresía, te...
- _ Déjalo, Bea, no merece la pena. –dijo Juan mientras la cogía del brazo.

Ya solos, Juan le comentó:

- _ Deberíamos llamar a José ¿no? Tiene que saberlo.
- _ Ya... pero...
- _ Pero nada Bea, venga llámalo.
- _ Sí, tienes razón.

Minutos más tarde:

- _ Oye ¿José? Mira soy Bea... Perdona que te llame a esta hora.
- _ Sí ¿qué ha pasado?
- _ Bueno, es que... es Sara.
- _ ¿Sara? Pero ¿está bien? ¿qué tiene?
- _ Cálmate, lo que pasa es que está en coma.
- _ (.....)
- _ ¿Sigues ahí? ¿Me oyes? ¡¡¡José!!!
- _ Sí, sí sigo aquí, ¿dónde está?
- _ Está internada en el hospital N°12.

_Vale, ahora voy. No os mováis.

JOSÉ

El mundo se me ha caído encima en cuestión de segundos, ¿qué digo? ¿de segundos?, en cuestión de milésimas de segundos.

Me lo temía, sabía que tarde o temprano de una manera u otra la iba a perder. Pero esto... Pensé en ella, en nosotros, en todos los momentos, en los buenos y los malos... Buenos, cuando nos conocimos en el campamento, o cuando salíamos a una pizzería, o al cine, o a un concierto... y malos cuando discutíamos, cuando ella prefería irse con Bea en vez de conmigo...

La quiero tanto que no soporto la idea de estar separado ni un instante de ella. Te necesito, Sara, sí, te quiero. Quizás si se lo hubiese dicho, así, como ahora lo pienso, sin tapujos, simplemente soltarle todo lo que llevo dentro. Pero... ¿cómo?

Cuando llegué al hospital me crucé con Marta, su hermana. Nos lo dijimos todo con una mirada. En aquel instante me recordó a Sara, las dos mordían el labio cuando estaban preocupadas y hablaban deprisa, muy deprisa...

Todo giraba a mi alrededor, pero no me daba ni cuenta, estaba abobado, había sido todo tan rápido, tan... tan negro, tan duro...

Entonces la vi en la cama, en una cama extraña, llena de tubos, tan diferente a como la había visto horas antes.

Estaba fría, blanca, quieta, demasiado quieta.

En ese instante me decidí a contárselo todo, no podía aguantar, creo que en el fondo, pensaba que ella podía oírme. Lloré, lloré como un niño al que le quitan su juguete nuevo. Lloré por ella.

SARA

No podía hablar, ni moverme, quería gritar que supiesen que estaba ahí, que los veía... Mas era incapaz, los oía sólo eso.

Oía a mamá, a Marta y sobretodo a José. Ahora sí que deseaba atravesar esa puerta, dar ese paso para seguir viviendo, seguir existiendo.

Tenía ganas de reír, llorar, tocar, correr, cantar, pero sobre todo deseaba abrazar a José.

Durante estas horas vi la larga película de mi vida. Me hallé en esas noches infantiles en las que mamá me leía un cuento, me vi en el parque cuando jugaba en la gran bola, intentando escalar, trepar hasta alcanzar la cima; entonces papá me regañaba, era él el que tenía miedo, mas yo seguía subiendo y subiendo sin hacerle caso. Y ahora esto es igual, yo me alejo y subo y subo mientras todos me gritan para que me baje...

¿Qué hago? Dios mío, ¿qué hago? Sería tan fácil dejarme ir y desaparecer... Pero no, no y no... Me resisto, tengo que luchar, tengo que hacer todas esas cosas que hacen las chicas de mi edad.

Tengo que estudiar, ir a la universidad, tener novio, formar mi propia familia, contarles a mis nietos todo esto mientras nos tomamos una taza de chocolate.

Tengo que querer, tengo que vencer pero, y lo más importante..., tengo que aprender a vivir...

AMIGOS

_¿La has visto? –preguntó Bea

_Si –contestó José

-¿Y cómo estaba?

_Mal, mal... pero está así por vuestra culpa ¿sabéis? ¿cómo habéis podido tomaros eso? Tenéis dieciséis años, sólo dieciséis. Estáis locos, si completamente locos.

_¿Crees que si hubieras estado allí no se la tomaría?

_Pues claro, ni ella ni vosotros. Os desconozco, es imposible pensar que vosotros seáis mis amigos.

_Bueno José ahora ya está ¿no? –dijo Juan.

-¿Ya está? Qué fácil de para ti, ¿verdad? Una pastilla diminuta ha hecho que una familia quedase destrozada, que una chica de dieciséis años quizás no pueda volver a rehacer su vida y que yo haya perdido la ilusión por vivir. Pero claro, para vosotros ya está. Como los amigos perfectos están arrepentidos... La vida, la vida real no funciona como vosotros creéis.

Pero claro, ¿vosotros como lo vais a saber...?

DESENLACE

Sara atravesó la delgada línea tres semanas más tarde. Sus ganas de vivir hicieron su sueño realidad. Desde entonces no ha vuelto a ver a Luis ni tampoco a Pablo. De vez en cuando se encuentra con Bea y Juan, a los que ha perdonado. Ahora guarda todo su tiempo para José. Se quieren y no están dispuestos a perderse. Martín y Luisa están felices y han vuelto a confiar en su hija. Marta, por su parte, ha decidido escribir un artículo para la revista del instituto sobre las drogas, sobre la noche de los sábados, sobre los buenos y malos amigos, sobre los idealizados viajes a la felicidad...